

WARD-PERKINS, B., *The fall of Rome and the end of civilization*, Oxford University Press, Oxford, 2005, 239 páginas.

Pablo Sarachu
FAHCE
CONICET

Podrían considerarse los inicios de la década del '70 del siglo pasado como la fecha de nacimiento de una suerte de revisionismo en la historiografía de la Antigüedad Clásica. La visión tradicional que caracterizaba los años posteriores al fin del Imperio romano de Occidente como el colapso de una civilización —tanto en su aspecto material como cultural— tuvo su primer gran cuestionamiento en el año 1971, con la publicación de *The world of Late Antiquity* de P. Brown. En ese libro se definía un nuevo período, el de la Antigüedad Tardía (c. siglos III-VIII), que venía a reemplazar a la vieja “Edad Oscura”. La “decadencia” se esfumaba y era reemplazada por una “revolución religiosa y cultural” que comenzaba hacia el bajo Imperio y continuaba durante un largo tiempo tras su final. A partir de entonces, el vocabulario de los historiadores de la Antigüedad fue cambiando lentamente, dejando en desuso términos como “crisis” y “decadencia” y reemplazándolos por “cambio”, “transición” y “transformación”. A su vez, comenzó a ser cuestionada durante dicha década la imagen tradicional sobre las invasiones germánicas, sustituyéndose por una visión más suavizada y positiva de los bárbaros. Una versión radical dentro de esta corriente apareció en 1980 con la edición de *Barbarians and Romans AD 418-584: The Techniques of Accommodation*, de W. Goffart, una obra que planteaba que varios de los pueblos germánicos —no todos— se habían instalado en el imperio gracias a tratados firmados con Roma. Los germanos habían sido favorecidos, de esta manera, con una porción de los



fronteras imperiales. A cambio, estos se habrían comprometido a proveer ayuda militar para el sostenimiento del Imperio, del cual eran ahora parte integrante. (1) B. Ward-Perkins se coloca en esta obra en las antípodas de este revisionismo, proponiendo, ya en el título mismo de su trabajo, una reivindicación de la tesis de que con el fin del Imperio romano sobrevino el colapso de una civilización.

El libro en cuestión está dividido en dos partes principales, una primera dedicada a defender la idea de desmoronamiento imperial como consecuencia de las invasiones germánicas y una segunda en la que el autor se explaya sobre la tesis del colapso de la civilización antigua en Occidente tras la caída de Roma.

Con respecto a las invasiones de los bárbaros, Ward-Perkins revaloriza, desde el momento mismo en que las define como tales y no como “migraciones”, su carácter violento. Allí donde la evidencia es moderadamente completa, como en las provincias del Mediterráneo, la conquista o la capitulación ante la amenaza por la fuerza habría sido la norma, no el asentamiento pacífico, como pretende la historiografía reciente. Por otra parte, llama la atención sobre el grado de violencia alcanzado durante las invasiones. Si bien no toma al pie de la letra testimonios como los de Orosio, Posidonio o Gildas para plantear una suerte de crueldad desmedida en los bárbaros, repasa los estragos producidos por la guerra en provincias como la Galia o Hispania para invalidar la postura revisionista. Si se quiere, Ward-Perkins parece adoptar un término medio: la experiencia de las invasiones, plantea, debió de ser terrible, aunque menor que en conflictos medievales y modernos que involucraron a poblaciones civiles en fuertes conflictos ideológicos. Por suerte para los romanos, los germanos habían ingresado al imperio con la esperanza de disfrutar de los frutos del confort material de Roma, y no simplemente para infligir un daño. Sin embargo, tampoco eran ángeles injustamente demonizados por prejuiciosos observadores romanos.

La caída de Roma, no obstante, no se explica sólo por el accionar de los germanos. En este sentido, Ward-Perkins no desatiende los procesos internos que condujeron al debilitamiento militar de Roma. La explicación de la caída del Imperio por factores internos tiene numerosos defensores, entre los que nuestro autor destaca la figura de E. Gibbon, que planteaba que los invasores habían entrado en un imperio en crisis, producto del gasto desmedido en caridad movilizado desde el siglo IV por el cristianismo triunfante y la de A. H. M. Jones, que arremetía contra los ciudadanos económicamente improductivos del imperio tardío: aristócratas, funcionarios públicos y eclesiásticos vivían del trabajo de los campesinos. Sin embargo, para Ward-Perkins, el elemento interno clave estuvo en la situación económica de quienes tributaban (i. e. los campesinos), puesto que de la recaudación fiscal dependía toda la estructura del ejército profesional.

Ahora bien, tampoco habría que retrotraerse demasiado en el tiempo

regiones de Occidente entraron en una crisis económica hacia los siglos III y IV, Ward-Perkins coincide con los recientes trabajos arqueológicos que revisan la idea de una decadencia generalizada. En este sentido, el Imperio todavía era muy poderoso para fines del siglo IV. Fue recién a comienzos del siglo siguiente que, como consecuencia de las invasiones, la base recaudatoria del imperio occidental disminuyó severamente, en el preciso momento en que se necesitaban más urgentemente ingresos adicionales. El caos de la primera década del siglo V habría causado una repentina y dramática caída en los ingresos fiscales, y por lo tanto en los gastos y capacidades militares. Algunos territorios fueron recuperados en la segunda década de dicho siglo, pero la mayoría —toda Britania y gran parte de la Galia e Hispania— nunca fue reconquistada, y aún las regiones recuperadas tardaron mucho en reincorporarse a la tributación (hubo remisiones como la de Italia). Además, las invasiones desataron también guerras civiles y conflictos sociales internos que agravaron la situación. Muchas veces el Estado debió priorizar la represión de usurpadores o de las bagaudas en lugar de ocuparse de los enemigos externos.

En este contexto, ¿cómo deberían interpretarse los tratados de asentamientos con visigodos, burgundios y alanos? Para nuestro autor, las razones de la corte central para la firma de estos pactos habría que entenderlas dentro del marco de las complicaciones militares provocadas por la guerra y los conflictos internos. El tratado de asentamiento de los visigodos en Aquitania de 419, por ejemplo, significó una alianza necesaria en una coyuntura fiscal problemática, al tiempo que eliminó un grupo peligroso del corazón del Occidente y lo recluyó en un extremo. Estos aliados podían ahora ser llamados para enfrentar a otros invasores en la Galia o en Hispania o para combatir contra las bagaudas. Sin embargo, la intención del gobierno imperial fue que las regiones en las que se asentaban los germanos continuaran estando bajo dominio romano, aunque en los hechos la introducción de milicias numerosas y fuertemente armadas de guerreros experimentados bajo el mando de su propio rey llevó a la transferencia del poder efectivo. Los germanos acrecentaron su riqueza rápidamente a través del uso o abuso del poder.

Una vez que se hicieron definitivamente con el poder, la mayor parte de los gobernantes germanos condujeron los nuevos reinos en un estilo que imitaba al del Imperio y al conservar la mayor parte de la estructuras básicas de la sociedad —la Iglesia, las ciudades, la administración secular, la ley romana, etc.— necesitaron de la ayuda de romanos experimentados. En muchos reinos las elites locales conservaron su riqueza e influencia: el rey ofrecía a los aristócratas acceso al poder, seguridad para sus tierras y su status y garantía de privilegios y riquezas, mientras que éstos brindaban servicio y apoyo, tanto en la corte como

—y particularmente los tenentes dependientes— los menos atectados por los cambios, puesto que la mayoría conservó su tierra, con la diferencia de que algunos debían ahora tributar y pagar renta a nuevos señores germanos. Ahora bien, al analizar la situación post-imperial es preciso contrastarla tanto con la realidad del siglo IV como con las calamidades de comienzos del V. Lo que parece sugerir Ward-Perkins es que este relativo acomodamiento pacífico entre germanos y romanos, característico ya de los inicios de los reinos bárbaros, debería verse como algo conveniente para ambos en el contexto de lo que habían sido las invasiones, pero no de la realidad de los romanos en el siglo IV. Esto queda patente en la vigencia, aún con posterioridad al establecimiento de los invasores, de las tensiones étnicas: los romanos se habían considerado siempre superiores y siguieron haciéndolo por un tiempo, a pesar de que a la larga debieron adaptarse a la cultura germánica. La fusión de ambos pueblos sobrevino con el desarrollo y fue más bien una suerte de compromiso, antes que una adopción germana del sustrato romano.

Como apuntáramos más arriba, la segunda parte del libro está dedicada al desarrollo de la tesis del colapso de la civilización antigua en Occidente tras las invasiones bárbaras y la caída del Imperio. La defensa de esta idea tiene algunas implicancias. En primer lugar, supone una revisión de la imagen del mundo romano forjada por los historiadores “primitivistas”, que a partir de los trabajos de M. I. Finley, principalmente, instalaron la idea de que la complejidad económica del imperio romano existía únicamente para satisfacer las necesidades del estado y el consumo suntuario de las elites, mientras el grueso de la población se enmarcaba dentro de una economía más simple. Este cuadro se ha modificado recientemente, sobre todo gracias a los aporte hechos desde la arqueología. Al parecer, la economía de los romanos no sólo estaba caracterizada por un impresionante mercado de bienes de lujo, sino también por un importante mercado de productos cotidianos de alta calidad. La arqueología ha demostrado, por ejemplo, el alto grado de desarrollo alcanzado por las industrias de productos cerámicos y de tejas, cuyos bienes eran comercializados sobre un amplio espectro de compradores. No hay razones para creer, según Ward-Perkins, que los mercados de ropa y calzado, por nombrar productos que son difíciles de hallar en el registro arqueológico, no fueran menos sofisticados que el de cerámica. Esta sofisticación material desaparece del registro arqueológico en los siglos inmediatamente posteriores a la caída de Roma: ya no encontramos restos que evidencien esa producción de bienes cotidianos de alta calidad y, como es de esperar, desaparecen los mercados pequeños y medianos que los distribuían en grandes cantidades. La ausencia de tejas en el registro evidencia, por ejemplo, el nivel de decadencia en el hábitat, no sólo de los sectores menos

hacia fines del imperio romano no es una simple “recesión”, sino un cambio económico cualitativo. En este sentido, la desaparición de esa industria de bienes de alta calidad consumidos por un amplio espectro de la población del imperio es sintomática de una caída general de la economía que la sostenía. El mundo post-romano volvió a niveles de simplicidad, con escaso movimiento de bienes y pobreza habitacional, manteniendo sólo los bienes manufacturados básicos.

Es interesante, en este punto, la relación que establece el autor entre las crisis económica y política, que como él mismo observa, ha sido explorada por numerosos historiadores a lo largo de los años. La mayoría, sin embargo, se ha concentrado en el período anterior al derrumbe imperial para indagar si la caída de la prosperidad había debilitado la capacidad romana de resistencia a la invasión. Para Ward-Perkins, si bien esta problemática tiene relevancia, habría que focalizarse en el período posterior a las invasiones. La evidencia disponible sugerirá fuertemente que las dificultades políticas y militares destruyeron economías regionales, tanto aquellas que ya se encontraban en crisis como las que estaban floreciendo. En este sentido, lo que se está destacando es la necesidad de complejizar la relación entre crisis política y económica, poniendo también a la primera como causa de la segunda. Nuevamente se subraya la trascendencia de las invasiones germánicas en la ulterior evolución del mundo romano, lo cual no implica, debe aclararse, que ésta fuera una consecuencia buscada por los propios germanos.

Hay una cuestión que merece cierta discusión. Ward-Perkins plantea que con la crisis de los mercados regionales e internacionales, la especialización y la inversión se volvieron más difíciles y los habitantes de ciertas regiones se vieron obligados a regresar a una agricultura mixta, menos productiva. Esto habría redundado ulteriormente en una caída de la población. El punto de controversia, en nuestra opinión, se halla en suponer que el monocultivo es más productivo que la agricultura mixta. Diferentes estudios sobre economía campesina han revelado que los agricultores recurrían al policultivo, entre otras estrategias, con el objetivo no sólo de minimizar el riesgo, sino de hacer más rendidora la tierra. (2) En todo caso, podría plantearse como hipótesis que la caída de la producción se dio principalmente como consecuencia de un aflojamiento de las relaciones de explotación con posterioridad a la caída del imperio. Lo que encontramos en el mundo romano-germánico son unas aristocracias rurales mucho más débiles y más empobrecidas que las del mundo romano, incapaces de exigir al campesinado un excedente regular.(3) En este contexto, al no estar forzado al pago de una renta regular, o al tener que tributar cantidades reducidas, el campesino podía producir sólo lo suficiente para su propia subsistencia.

Finalmente, otro indicador de la caída de la civilización antigua que señala

Media. La habilidad de leer y escribir se extendió enormemente en el mundo romano como consecuencia de múltiples causas, entre las que se destaca la necesidad que tenía la estructura estatal de contar con funcionarios letrados en los numerosos eslabones administrativos. En el mundo post-romano desaparecen las numerosas estampillas, sellos e inscripciones —pintadas y grabadas— que caracterizan la vida comercial y militar del mundo romano y no volvemos a encontrarnos con el graffiti casual. En un mundo más simple, desapareció la necesidad de leer y escribir, incluso entre la elite, que ahora ya no tenía esa presión social. La alfabetización se convirtió en algo propio del clero y en algo raro entre los laicos.

El sentido de “civilización” que utiliza el autor en este libro refiere, como el mismo indica, a “las sociedades complejas y aquello que producen”. En este sentido, aunque la alta cultura también sufrió cambios, fue la gente de los rangos medios y bajos de la sociedad, que tenía acceso a productos y herramientas propios de una economía sofisticada, como la cerámica de alta calidad o la escritura, la que experimentó la transformación más importante. Es éste proceso el que establece el fin de la civilización antigua en occidente tras la caída del imperio.

En el último capítulo del libro, Ward-Perkins retoma algunas cuestiones planteadas en la introducción en torno a la historiografía de la nueva Antigüedad Tardía. Como hemos dicho, la imposición de un período dinámico, que cubriría aproximadamente los siglos III-VIII, supone, para nuestro autor, ignorar los cambios dramáticos y la discontinuidad en la vida política, administrativa, militar, social y económica que se produjeron tras la caída imperial. Sin embargo, rescata un uso positivo del concepto, en torno a lo religioso: puede considerarse la Antigüedad Tardía como el período en que el Islam y el cristianismo se impusieron sobre las religiones tradicionales de Persia y Roma. De hecho, el concepto de la Antigüedad Tardía se ha construido sobre los cambios que la aparición de estos credos produjeron en aspectos humanos como la sexualidad, la muerte y la identidad, frente a la visión tradicional de los historiadores de los siglos IV-VII, centrada en los aspectos institucionales, militares y económicos del período tardorromano y de los comienzos de la Edad Media. De todas maneras, no habría que sobrevalorar el lugar que se le da a las transformaciones religiosas. Como bien señala el autor, la mayoría de la gente que vivió en dicho período se vio menos afectada por esos cambios que por la caída del nivel de vida.

Por otra parte, el concepto de “Antigüedad Tardía” tiene a su favor, según Ward-Perkins, el hecho de estar menos cargado de connotaciones que otros conceptos más viejos como “Edad Oscura” o “Edad Media”, y tiene la ventaja, a su vez, de ofrecer un marco más cosmopolita a los estudios de la temprana Edad Media, algo de lo que carecen muchos de los medievalistas de los diferentes

Asimismo, también reconoce ciertos aspectos positivos de las nuevas interpretaciones sobre las invasiones. La teoría del “asentamiento” bárbaro corrige el mito de la caída del imperio como producto de la lucha ideológica entre romanos y bárbaros. Es verdad que había lugar para la negociación y para cierto grado de instalación, aparte de que muchas veces romanos y germanos peleaban en conjunto. Sin embargo, vale aclararlo una vez más, hay evidencia suficiente para los siglos V y VI que confirma que la invasión fue traumática y que vivir con los conquistadores requirió difíciles ajustes.

El ataque de Ward-Perkins a la historiografía de la Antigüedad Tardía y su revalorización de ciertos planteamientos de la historiografía tradicional nos parece en gran medida acertada. Sin embargo, parece ir demasiado lejos al sugerir que gracias a los niveles de confort y sofisticación logrados, el imperio romano no cayó por un movimiento libertario de sus súbditos, o bien que los levantamientos populares fueron sólo una razón secundaria. A nuestro entender, el autor pone demasiado énfasis sobre los invasores como factor que desencadenó el aumento de la tributación sobre el campesinado. Quizás haya que retrotraer a la reestructuración posterior a la crisis del siglo III la aparición de una sociedad mucho más desigual y la consolidación de un Estado tributario. (5) De todas maneras, coincidimos en su defensa de la interpretación de la transición del mundo antiguo a la temprana Edad Media como una crisis y una decadencia, en contra de las visiones que suavizan el cambio o que, incluso, lo caracterizan positivamente.

Notas

(1) Brown, P. *The World of Late Antiquity: From Marcus Aurelius to Mubhammad*, Londres, 1971 (trad. esp.: *El mundo de la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Taurus, Madrid, 1989); Gooffart, W. *Barbarians and Romans AD 418-584: The Techniques of Accommodation*, Princeton, 1980.

(2) Entre otros, Frayn, J. M. *Subsistence farming in Roman Italy*, Centaur Press, Londres, 1979 y Gallant, T. W. *Risk and survival in ancient Greece. Reconstructing the rural domestic economy*, Polity Press, Cambridge, 1991

(3) Wickham, C. “La sociedad”, en: McKitterick, R. *La alta Edad Media*, Ed. Crítica, Barcelona, 2002, pp. 69-105 y, con mayor énfasis, Astarita, C. “Peasant-based societies in Chris Wickham’s thoughts”, en prensa.

(4) Wickham, C. “Problemas de comparación de sociedades rurales en la Europa occidental de la temprana Edad Media”, en: *Anales de Historia Antigua y Medieval*, N° 29, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1996.

Producción Tributario", en: *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, N° 35-36, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.